

Octava Parte

Los Libros Sapienciales de David y Salomón

Libro III

El Libro de la Sabiduría

Prólogo

El rey Salomón, inspirado por el Espíritu Santo, escribió el Libro de la Sabiduría durante los diez primeros años de su reinado, cuando aún era modelo de virtud, sabiduría y prudencia. En este Libro moral expone otros aspectos de la necedad de las cosas mundanas y del beneficio que entraña la posesión de la Sabiduría.

Capítulo I

Introducción al Libro de la Sabiduría

Amad la justicia, los que gobernáis la Tierra.

Tened sentimientos dignos del Señor y buscadle con sencillez de corazón.

Porque se deja hallar de los que obran con rectitud y se manifiesta a los que en Él confían; ya que los pensamientos perversos apartan de Dios; y su poder puesto a prueba corrige a los necios.

Porque en alma maligna no entrará la Sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado; ya que el Espíritu Santo que la enseña, huye de las ficciones y se aparta de los pensamientos desatinados, y reprueba la iniquidad que sobrevenga.

Porque, aunque el Espíritu de Sabiduría es benigno, no dejará impune al de blasfemos labios, ya que Dios es testigo de sus pensamientos, observador de su corazón y oidor de sus palabras.

Porque el Espíritu del Señor abarca la redondez de la Tierra y conoce hasta lo más recóndito. Por eso, el que habla cosas malas, no puede escondersele, ni escapará del juicio vengador.

Porque los pensamientos del impío serán juzgados con minuciosidad; al oído celoso de Dios, llegan las palabras del impío para castigo de sus iniquidades.

Guardaos, pues, de la murmuración, la cual daña mucho, y refrenad la lengua de toda detracción; porque ni una mala palabra dicha a escondidas quedará impune; y la boca mentirosa da muerte al alma.

Capítulo II

El destino del hombre según el plan de Dios, fue trastocado por el mismo hombre con sus pecados

No os afanáis en acelerar la muerte con el descarrío de vuestra vida, ni os atraigáis la perdición del alma con la obra de vuestras manos.

Porque Dios no hizo la muerte, ni se alegra de la perdición de los hombres.

Él crió todas las cosas del Universo para que subsistiesen en su presencia, y las hizo saludables; nada había en ellas de ponzoñoso ni nocivo. El infierno no existía antes de la caída de los ángeles rebeldes.

Dios creó al hombre con justicia original, la cual conlleva en sí la inmortalidad; por tanto, en el plan de Dios estaba que la justicia del hombre fuera perpetua y él inmortal. Mas, fue el mismo hombre quien, con su desobediencia a Dios, se granjeó la muerte espiritual y corporal; y de tal manera se han corrompido los hombres, que con sus inicuos desvíos han venido a hacer alianza con ella, siendo así cada vez más acreedores de tal desgracia.

Capítulo III

Ideas y obras inicuas de los impíos

1. Los impíos, para tratar de justificar sus desviaciones, neciamente dicen entre sí: *«Corto y enojoso es el tiempo de nuestra vida; no hay otra después de la muerte; jamás nadie, después de muerto, ha vuelto a contarnos lo que pasa en el otro mundo. He aquí que de la casualidad hemos nacido; y después de esta vida seremos como si nunca hubiésemos sido; porque nuestra vida es como el humo que se desvanece pronto; y nuestra alma es como una chispa transitoria que mueve nuestro corazón y después se apaga para siempre; y una vez apagada, quedará nuestro cuerpo reducido a ceniza, y nuestra alma se disipará cual sutil aire. Por tanto, la vida se desvanecerá como niebla que es herida por los rayos del sol y disuelta con su calor. Además, después de muerto, caerá en olvido nuestro nombre, sin que quede memoria de nuestras obras. Sombra que pasa es, pues, nuestra vida, ni hay retorno después de la muerte».*

2. *«Venid, pues, y gocemos sin freno de los bienes presentes; y démonos prisa a disfrutar de las criaturas, según nuestras apetencias, mientras vivamos. Hartémonos de copiosos manjares y de ricos vinos, y rodeémonos de toda clase de lujos y comodidades, antes que se pase la flor de nuestra vida. Coronémonos de las rosas del placer antes que se marchiten, y dejemos por todas partes señales de nuestra lascivia. Ninguno de nosotros deje de tomar parte en la vida disoluta; en cada lugar dejemos señales de nuestras jubilosas orgías, ya que todo esto es la porción de nuestra herencia».*

3. *«Oprimamos al que es justo y desvalido, no perdonemos a la viuda ni respetemos las venerables canas de los ancianos. Sea nuestra fuerza la única ley de justicia, pues la debilidad no trae ningún provecho. Armemos, pues, lazos al justo, por cuanto que no es favorable, sino contrario a nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la Ley y nos difama divulgando nuestra depravada conducta; pues asegura tener la ciencia de Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios, y se ha hecho el censor de nuestros pensamientos. He aquí que no podemos sufrir ni aun su*

vista; porque no se asemeja su vida a la nuestra, ya que observa una conducta muy diferente».

4. «Somos tenidos por él como gente necia y perversa, y se abstiene de nuestras costumbres como de inmundicias; pues, cree y proclama las postrimerías del hombre, afirma que los justos después de muertos gozarán de una vida eterna, y se gloria de tener a Dios por Padre. Mas, veamos, pues, si son verdaderas sus palabras. Vamos a probarle para ver si es cierto lo que dice; y así veremos cuál será su paradero. Pues, si verdaderamente es hijo de Dios, Él lo tomará a su cargo y le libraré de las manos de sus adversarios. Probémosle con ultrajes y tormentos, para conocer su resignación y probar su paciencia. Condenémosle a la muerte más infame; pues, según sus palabras, su Dios le salvará».

5. Tales perversidades piensan y ponen en obra los impíos, cegados de su propia malicia. Y no entendieron los misterios de Dios, ni creyeron que hubiese premio para el justo, ni echaron cuenta de la gloria que está reservada a las almas santas. Porque Dios crió al hombre con un alma inmortal, y le formó a su imagen y semejanza. Mas, por la envidia del diablo, entró la muerte en el mundo al conseguir seducir al hombre, e imitan al diablo los que son de su bando.

Capítulo IV

Felicidad de los justos e infelicidad de los impíos

1. Las almas, empero, de los justos están en la mano de Dios; y no les llegará el tormento de la muerte eterna.

2. Sin embargo, la muerte del justo es mirada por el impío como la mayor de las desgracias, al considerar que el cuerpo y el alma quedan total y definitivamente aniquilados y, por tanto, privados del consuelo de una vida eterna y feliz; lo cual es un terrible error, ya que, tras la muerte del justo, su alma reposará para siempre en la Eterna Felicidad. Y si delante de los hombres los justos padecen tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad. Su tribulación es ligera en comparación con el premio que recibirá, que será muy grande; porque Dios les acrisoló como el oro en el fuego, les halló dignos de Sí por sus virtudes y les recibió como víctimas de holocausto; y a su tiempo les dará la recompensa. Entonces resplandecerán más que el sol, irán de una parte a otra del Universo con la agilidad de los Bienaventurados, juzgarán a las naciones junto al Supremo Juez, dominarán los pueblos y el Señor reinará con ellos eternamente. Los que confían en Dios entienden todas estas verdades y los que son fieles a su amor, estarán unidos con Él; pues, la Gracia y la paz son para sus escogidos.

3. Los impíos, empero, serán castigados según la medida de sus maldades; pues, se apartaron de Dios y despreciaron lo que es justo y recto a sus ojos. Porque desventurado es el que desecha la Sabiduría y la instrucción; vana es la esperanza de estos, infructuosos sus trabajos e inútiles sus obras. Sus mujeres son insensatas y

perversísimos sus hijos. Maldita la raza de ellos, pues la raza de los malvados, si no se convierte, tiene un fin muy desastroso.

4. Más dichosa es la mujer justa, aunque sea estéril, y la que se conserva sin mancha, al no haber manchado su lecho con el adulterio; pues, ella recibirá la recompensa cuando Dios llame para Él a las almas santas. Y, también, más dichoso es el célibe, cuyas manos no han obrado la iniquidad ni ha pensado cosas perversas contra Dios; pues, le será dado un don precioso por su fidelidad y una gloria muy elevada en el Cielo, porque glorioso es el fruto de las buenas obras, mediante las cuales nunca se seca la raíz de la Sabiduría.

Capítulo V

La muerte del casto y la muerte del lujurioso

1. ¡Oh qué hermosa y resplandeciente es la generación de los que aman la castidad! Sus frutos son beneficiosos y dulces para comer, ya que brotan de árboles floridos por el ejercicio de la virtud de la pureza. La memoria de los castos es inmortal, ya que es reconocida su virtud delante de Dios y de los hombres. Pues, mientras están en la Tierra, son modelo de imitación; y cuando han muerto son recordados con admiración. En el Cielo serán galardonados eternamente con la corona del triunfo, que conlleva el premio a su continua lucha en la Tierra por conservar la castidad. La Gracia de ver a Dios está reservada para aquellos que son limpios de corazón.

2. ¡Oh qué vil y repugnante es la generación de los que aman la lujuria! Sus frutos son nocivos y amargos para comer, ya que brotan de árboles corrompidos por el desenfreno de la lascivia. El Señor abominará a los lujuriosos obstinados; ya que, si no se convierten, morirán sin honor y estarán con eterna infamia entre los demás réprobos; porque Dios quebrantará las pasiones desordenadas de ellos, les reducirá al silencio y a la extrema desolación, y perecerá para siempre su memoria. Sus liviandades se levantarán contra ellos para acusarles y atormentarles sin fin.

Capítulo VI

Cristo Rey exterminará a los impíos en los tres días de tinieblas que precederán a su Gloriosa Segunda Venida a la Tierra

Cristo, el Ungido del Señor Dios de los Ejércitos, antes de juzgar a las naciones, se armará de todo su celo, y armará también a los suyos, para vengarse de sus enemigos y acabar con el Anticristo. Tomará la justicia por coraza, y por yelmo el juicio infalible. Embrazará por escudo impenetrable la rectitud. De su inflexible Ira se hará Dios una aguda lanza; y todo el Universo peleará con Él contra los insensatos. Irán derechamente a ellos los tiros de los rayos, los cuales serán lanzados de las nubes como de un arco bien asestado, y herirán a un punto fijo; y de la cólera de Dios, lloverán densos y encendidos granizos. Se embravecerán contra ellos las olas

del mar; y los ríos todos inundarán impetuosamente la tierra, y en torbellinos de viento abrasador serán destrozados. Cristo, el Ungido de Dios, con su soplo y el resplandor de su Divino Rostro, destruirá al Anticristo, quedando Satanás y sus huestes infernales vencidos y encadenados para siempre, sin poder alguno sobre los hombres. He aquí que, por la iniquidad de los impíos, el Universo será purificado con fuego tenebrosísimo producido por el Ungido del Señor.

Capítulo VII

El Juicio Universal: Los justos y los impíos

1. En el día del Juicio, los justos, junto a Cristo, Supremo Juez, juzgarán con gran rigor a los impíos. En aquel día, los justos se manifestarán, ante los que los persiguieron y menospreciaron sus obras, con gran honra, extremada hermosura y cumplida felicidad. Los justos vivirán eternamente, y su galardón estará en la contemplación de Dios y el pensamiento de ellos en el Altísimo. Los justos recibirán en el Cielo, de la mano del Señor, el reino de la gloria y la corona de la hermosura.

2. En el Juicio, cuando vean a los justos los impíos, con furiosa turbación, entre gemidos desgarradores, y sin arrepentimiento alguno, dirán dentro de sí: *«Estos son los que en otro tiempo tuvimos como blanco de nuestros escarnios y el objeto de nuestro oprobio. Pues, nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonor. Y ahora vemos cómo han sido contados entre los hijos de Dios y tienen su heredad entre los santos. Luego vivíamos descarriados del camino de la verdad y hemos despreciado la luz de la justicia y el sol del conocimiento de la Sabiduría. Nos hemos obstinado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición, desechando el camino del Señor. ¿De qué nos ha servido la soberbia? O ¿qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas?»* Tales cosas dirán los condenados, no porque se sientan arrepentidos de sus delitos, sino porque, hasta los del infierno, tienen que reconocer la Divina Justicia de Cristo y doblar sus rodillas ante Él, como Dios que es y Supremo Juez.

Capítulo VIII

Exhortación a los reyes, jueces y toda clase de autoridad para que busquen la Divina Sabiduría

1. Mejor es la Sabiduría que la fuerza; y el sabio y prudente que el valeroso. Escuchad, pues, oh reyes, y estad atentos; aprended vosotros, oh jueces todos de la Tierra. Dad oídos a mis palabras vosotros que tenéis el gobierno de los pueblos, y os gloriáis del vasallaje de muchas naciones. Porque la potestad y la fuerza os la ha dado el Señor Dios de los Ejércitos, el cual examinará vuestras obras, y escudriñará hasta los más recónditos pensamientos. Porque, siendo vosotros instrumentos de su Reino universal, si no juzgáis con rectitud ni guardáis la Santa Ley de Dios, ni andáis según su divina voluntad, Él dejará caer su Santa Ira sobre vosotros; pues, aquellos que ejercen potestad sobre otros, serán juzgados con extremo rigor. Porque de los pequeños Dios tendrá más compasión; mas, los grandes serán tratados con más

severidad; pues, a los más poderosos con más fuerte castigo les amenaza. Porque Dios no exceptúa de su justicia a persona alguna, ni respeta la grandeza de nadie; pues Él hizo al pequeño y al grande, e igualmente cuida de todos.

2. A vosotros, pues, reyes y demás potestades de la Tierra, van dirigidas estas mis palabras, a fin de que aprendáis la Sabiduría, y no vengáis a resbalar. Porque serán colmados de santidad los que hicieren con rectitud lo que es justo. Quien toma muy bien en consideración estas palabras y las ama, será instruido. Luminosa e inmarcesible es la Sabiduría. Y fácilmente la ven aquellos que la aman; y la hallan los que la buscan. Se anticipa a aquellos que la codician poniéndose delante ella misma. El tener, pues, el pensamiento ocupado en la Sabiduría es prudencia consumada; y el que por amor de ella velare, luego hallará el merecido descanso. Porque ella misma va por todas partes buscando a los que son dignos de poseerla y en los caminos se les muestra con agrado, y en todas las ocasiones y asuntos la tienen al lado. Porque el principio de la Sabiduría es también el deseo sincerísimo de ser instruido en ella; y el procurar instruirse, es ya amar la Sabiduría; y amarla es guardar sus leyes; y la guarda de sus leyes, es la perfecta pureza del alma; la cual une con Dios. Luego la Sabiduría es la que conduce al Reino Eterno.

3. ¡Oh, reyes de los pueblos!, amad la Sabiduría para reinar perpetuamente. Amad la luz de la Sabiduría los que regís a los pueblos, y os declararé qué cosa es la Sabiduría y cómo fue engendrada, y no se os quedarán ocultos los misterios de Dios; pues, os quedará clara su ciencia y su verdad. Un rey sabio es la firmeza de su pueblo. Por tanto, recibid con interés las instrucciones por medio de estas palabras, porque os será provechoso. El rey necio jamás participará de la Sabiduría.

Capítulo IX

Salomón habla de la Sabiduría que él recibió de Dios

1. Yo soy un hombre mortal, semejante a los demás hombres. Mas, dada mi condición de rey, con el fin de gobernar bien a mi pueblo, yo deseé el Espíritu de Sabiduría, lo pedí a Dios, y Él me lo otorgó. Yo la preferí a los reinos y tronos, y consideré que las riquezas nada son en comparación a ella. La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz en mis actos, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella. Y yo me gozaba santamente en todas estas cosas porque me guiaba la Sabiduría; mas, antes de recibir la Sabiduría, yo no sabía que Ella era madre de todos estos bienes.

2. Porque la Sabiduría es un tesoro infinito para los hombres; y cuantos hacen uso de ella participan de la amistad de Dios, al haber observado su Doctrina y Ley Santas. A mí me ha concedido Dios el expresar lo que siento, y el tener pensamientos dignos de los dones recibidos de Él; porque Dios es el Guía de la sabiduría humana, y el que corrige a los sabios; puesto que nosotros, nuestros discursos y nuestras obras

están en sus manos. Él me dio a mí la verdadera ciencia de muchas de las cosas que existen; pues, la Sabiduría, que es el Artífice de todo, me instruyó.

3. Porque, ¿quién de los hombres, sin la luz de la Sabiduría, podrá saber los consejos de Dios, o quién podrá averiguar qué es lo que Dios quiere? Porque los pensamientos de los hombres son inseguros, e inciertas sus previsiones; ya que el cuerpo corruptible agrava al alma y deprime la mente con pensamientos vanos. Y si difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la tierra y a duras penas entendemos lo que tenemos delante de los ojos, ¿quién podrá investigar lo que está en el Cielo; y sobre todo, quién podrá conocer, oh Señor, tus consejos, si Tú no le dieres Sabiduría, y desde lo más alto enviares tu Santo Espíritu? Sean así enderezados los senderos de los moradores de la Tierra y aprendan las cosas que a Ti placen; porque por la Sabiduría fueron salvados, oh Señor, cuantos desde el principio del mundo te fueron aceptos.

Capítulo X

La Sabiduría Increada es por esencia el mismo Dios Uno y Trino. La Sabiduría Creada es el Alma Divinísima de Cristo

1. En la Sabiduría Increada está el verdadero espíritu de inteligencia, que es: Santo, Único, multiforme, sutil, elocuente, ágil, inmaculado, infalible, suave, amante del bien, perspicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, omnipotente, que todo lo ve y que abarca todos los espíritus. Pues, la Divina Sabiduría es más ágil que todas las cosas que se mueven, y alcanza a todas partes, por ser Espíritu Purísimo.

2. La Sabiduría Creada, es la exhalación de la misma virtud de Dios y la emanación de la misma gloria de Dios. La Sabiduría Creada es el resplandor de la Luz Eterna, el espejo sin mancha de la Majestad de Dios y la Imagen de su Bondad.

Capítulo XI

La Divina Sabiduría está al alcance de todos los seres humanos y es más valiosa que todas las riquezas y saberes del mundo

1. La Divina Sabiduría, como es por esencia el mismo Dios, todo lo puede; y como es inmutable, todo lo renueva, y se derrama por todas las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios. Dios, que es la misma Sabiduría, ama al que mora con la Sabiduría: La cual es más hermosa que el sol, sobrepuja a todo el orden de las estrellas y no tiene comparación con ninguna otra luz, ya que la luz de la Divina Sabiduría no es eclipsada por malicia alguna. La Divina Sabiduría abarca, pues, de un cabo a otro, todas las cosas, y las ordena con suavidad.

2. La Divina Sabiduría es la que enseña a los hombres la ciencia divina y la que dirige sus obras. Y si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa más rica que la Sabiduría, creadora de todas las cosas? Y si la industria humana produce múltiples cosas buenas, es porque la Sabiduría ha enseñado al hombre el arte de producirlas.

Y si alguno ama la virtud, fruto es de la Sabiduría, por ser Ella la que enseña la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, y todas las demás virtudes, que son las cosas más útiles para los hombres en esta vida. Y si alguno desea el mucho saber, Ella lo sabe todo: Lo pasado, lo presente y lo futuro. Por tanto, el que posee la Divina Sabiduría, lo posee todo.

Capítulo XII

La Divina Sabiduría guió a los Patriarcas y a otros justos del Pueblo de Israel

La Divina Sabiduría: Sacó al Patriarca Adán y a su esposa la Matriarca Eva, de su pecado, y le dio potestad a él para gobernar todas las cosas; preservó al Patriarca Noé, y a su familia, de perecer en el Diluvio universal introduciéndoles en el Arca; exaltó las virtudes heroicas del Patriarca Job y le restituyó sus bienes multiplicados; escogió al Patriarca Abrahán y le conservó firme en la Fe, e hizo fértil a su esposa, la Matriarca Sara; libró al justo Lot de perecer en el castigo de Sodoma; fortaleció al Patriarca Isaac, víctima figura de Cristo; condujo por seguros caminos al Patriarca Jacob, le mostró el Reino de Dios, le enriqueció en medio de las fatigas y le guardó de los enemigos; no desamparó al Patriarca José al ser vendido por sus hermanos, ni tampoco en la prisión de Egipto, sino que le dio el gobierno sobre esta nación.

Capítulo XIII

La Divina Sabiduría, guió a Moisés, Caudillo del Pueblo de Israel

1. La Divina Sabiduría eligió a Moisés como Caudillo del Pueblo de Israel; le ayudó a liberar a los israelitas de la opresión de los egipcios, castigándoles con plagas mediante portentosos prodigios. ¡Grandes son, oh Señor, tus juicios, e inefables tus obras!; pues, cuando los inicuos egipcios se obstinaban en seguir oprimiendo a tu pueblo, se vieron envueltos durante siete días en las más densas tinieblas; mientras que los israelitas estaban iluminados de clarísima luz.

2. La Divina Sabiduría guió y protegió a Moisés y a su pueblo, en el cruce milagroso del Mar Rojo; sumergió al ejército egipcio en las profundidades de las aguas del mar; promulgó a través de Moisés la Santa Ley; dirigió los pasos del Pueblo de Israel, durante los años que anduvieron dando vueltas por el desierto, y les alimentó con el maná cuando lo fue necesario; y castigó a los que osaron desobedecer la Santa Ley; e introdujo a su Pueblo en la Tierra Prometida.

Capítulo XIV

La Divina Sabiduría convirtió a muchos de los moradores del territorio de Canaán, y a otros exterminó, durante la conquista llevada a cabo por los israelitas al mando del Caudillo Josué

1. ¡Oh cuán bueno y suave es, oh Señor, tu Espíritu en todas las cosas! Por eso, a los que andan descarriados, Tú les amonestas y corriges de las faltas que cometen, para que, dejada la malicia, crean en Ti, oh Señor. Porque Tú miraste con enojo a

los antiguos moradores de tu Tierra Santa, por sus idolatrías y otras abominaciones; mas, antes que les abatieras con tu poder a través de tus ejércitos al mando de Josué, les exhortaste con sabios y santos consejos, por medio del Santísimo Melquisedec, a fin de alcanzar la conversión de ellos y evitar también su exterminio. En tu infinita misericordia mandaste también numerosísimas plagas de tábanos contra los que se habían obstinado en rechazar tu Palabra, a fin de que, con las dolorosísimas picaduras de estos insectos, tratar de doblegar la dura cerviz de muchos de ellos a través del sufrimiento. Y merced a este castigo, muchos de los habitantes de Canaán que antes no habían aceptado los consejos de tu predicación, cuando llegaron los ejércitos israelitas, al mando de Josué, tenían sus corazones más dispuestos a la aceptación del verdadero Dios; por lo que se convirtieron, y se unieron al Pueblo Escogido. Mas los que no se corrigieron con estas reprensiones y escarnios, vinieron a experimentar un castigo digno del poder de Dios, siendo exterminados por los ejércitos de tu pueblo.

2. Y quién te dirá a Ti, ¿por qué has hecho eso?, ¿o quién se opondrá a tus juicios?, ¿o quién se atreverá a defender ante Ti a los hombres malvados?, ¿o quién te culpará de haber exterminado las naciones que Tú creaste? Porque no hay otro Dios sino Tú, que de todas las cosas tienes cuidado, para demostrar que no hay injusticia alguna en tus juicios. No hay rey ni príncipe que pueda pedirte cuenta de aquellos que Tú has hecho perecer, siendo como eres justo, y dispones todas las cosas justamente, y no castigas al que no lo merece; pues, tu poder es el principio de la justicia; y por lo mismo que eres el Señor de todas las cosas, eres con todos indulgente.

3. Haces valer, pues, tu justicia cuando no te creen soberanamente poderoso y confundes la osadía de aquellos que no te reconocen. Pero, como Tú eres el soberano Señor de todos, juzgas con serenidad y nos gobiernas con moderación suma. Por eso, has enseñado a tu pueblo que el juez debe ser también humano; y has dado a tus hijos buenas esperanzas, viendo ellos que, cuando los juzgas por sus pecados, les das tiempo a la penitencia. Pues, si a los enemigos de tu pueblo los castigaste con tanto miramiento, dándoles tiempo para que se arrepintiesen de sus iniquidades, ¿con cuánto más cuidado no juzgarás a los hijos de tu pueblo, a cuyos padres hiciste con juramentos y pactos grandes promesas?

Capítulo XV

La Divina Sabiduría todo lo dispone y es paciente y misericordiosa

Tú, oh Señor, dispones todas las cosas en justa medida, número y peso; porque sólo Tú tienes el Sumo Poder: ¿Y quién podrá resistir a la fuerza de tu brazo? El mundo todo es delante de Ti como un pequeño grano de arena y como una gota del rocío de la mañana que desciende a la tierra. Pero Tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes; y velas tu vista ante los pecados de los hombres a fin de darles tiempo de arrepentirse y de que hagan penitencia. Porque Tú amas todo

cuanto has creado y nada aborreces de cuanto has hecho, salvo a los que te han sido infieles por haber elegido la condenación eterna. Y ¿cómo podría durar cosa alguna, si Tú no quisieres?, ¿ni cómo conservarse cosa alguna sin orden tuya? Porque Tú eres indulgente para con todos, porque tuyas son todas las cosas, oh Señor, amador nuestro.

Capítulo XVI

Necedad y aberración de la idolatría. Bendito el Madero de la Cruz del Salvador

1. Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la Sabiduría de Dios; y que, por las cosas buenas que se ven y la consideración de las cosas creadas, no reconocen al Artífice de ellas; sino que, por el contrario, tienen por dioses gobernadores del Universo, o al fuego, o al viento, o a las constelaciones de astros, o a los mares, o al sol o a la luna. Pues, si encantados de la belleza de tales cosas, las imaginan dioses, deben conocer a través de ellas cuánto más hermoso es su dueño, pues el que creó todas estas cosas es el Señor, Creador de toda hermosura y Único Dios verdadero. O si se maravillan de la virtud e influencia naturales de estas criaturas, deben entender por ellas que, Aquel que las creó las sobrepuja en poder; pues, de la grandeza y hermosura de la criatura, se puede llegar a conocer la existencia del Criador de ella. Y si pueden, con su mucha ciencia humana, profundizar en misterios de las criaturas, ¿cómo no echan de ver a través de ellas más fácilmente al Señor que las crió? Pero todavía son más vanos los que llaman dioses a las obras hechas por la mano del hombre: Como son todo tipo de figuras idolátricas, de oro, plata, piedra, madera, etc. Y para más insensatez, ofrecen votos a estos ídolos fabricados por sus manos y les consultan sobre su hacienda, sobre sus hijos, sobre sus matrimonios, por la salud de los enfermos, y otra serie de súplicas. Y no tienen vergüenza de hacer oración a cosas que carecen de poder para ayudarles, y de poner en ellas su vana esperanza.

2. Mas Tú, oh Dios, en tu Divina Sabiduría, mandaste a Noé que construyese de madera un Arca de salvación: Para que, refugiándose la esperanza de toda la Tierra en un navío gobernado por tu Mano, se conservasen las Semillas inmaculadas de las que había de renacer sobrenaturalmente el mundo. Porque bendito el Madero de la Cruz del Divino Salvador, que fue fabricado y usado para la Redención del mundo; pero maldito el madero de un ídolo hecho de mano, y maldito el artífice que lo fabricó, y maldito el que lo consideró como dios. Pues, la invención de los ídolos fue el origen de la idolatría, y su hallazgo la corrupción de la vida, porque ni los había al principio ni los habrá siempre.

Capítulo XVII

La idolatría, causa de todo mal. La Sabiduría de Dios, causa de todo bien

1. Los hombres, por el amor desordenado a su propia estimación, o por satisfacer sus concupiscencias, o por vana esperanza, o por congraciarse con los reyes y

poderosos, y por otros distintos motivos y fines, dieron a múltiples criaturas y obras hechas de sus manos, el nombre intransferible de Dios. La idolatría, en cualquiera de sus variadas manifestaciones, es la causa de los homicidios, hurtos, engaños, corrupciones, infidelidades, alborotos, perjurios, vejación de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las almas, incertidumbre de los partos, inconstancia de los matrimonios, desórdenes de adulterio y de lascivia. El abominable culto de los ídolos es, pues, la causa, y el principio y fin de todos los males. Los idólatras, si no se convierten, tendrán su justo castigo, porque, entregados a sus ídolos, hacen oprobio al Dios verdadero, menospreciando la veracidad, la justicia y la santidad, que son atributos del Supremo Hacedor.

2. ¡Oh Dios y Señor nuestro! Tú eres benigno, veraz y paciente, y todo lo gobiernas con tu misericordia; porque, si pecamos, contamos con el auxilio de tu Gracia para arrepentirnos, y que Tú estás pronto a perdonarnos; y si no pecamos, sabemos que tu Gracia es la que nos sostiene. Porque el conocerte a Ti con Fe viva, esperar en Ti con plena confianza y amarte con perfecta Caridad, es la justicia consumada de nuestra alma y la posesión de la Divina Sabiduría, raíz de nuestra eterna inmortalidad.